

Gutural
Estela Dos Santos

(...)

Los muros

Pasa a mi lado casi sin pasar opaca evitando la estada en mi cercanía pero viéndome, sin sonrisa sin reconocermé, llega hasta la dieciséis, se sienta a su lado y resplandece. Me ciego de mirarla toda convertida en pupila, con las palabras repetidas las mismas caricias la hilera hueca de palabras que yo iba a escuchar hoy. Hablaría, diría que sí, hoy aceptaría. Las risas me enronquecen, me raspan el vientre en nudos bruscos y sucesivos. No puedo bajar los párpados independientes de mí. Me erizo en el yeso obligada a llamar, a descubrir mi vergüenza ante ella que ni se fija, como si yo no estuviera reclamando por primera vez con voz en su presencia. Nadie me oye. Me negué terca y en silencio y después con un no monótono para clavárselo en el entendimiento, en el eco claro que soñé todas las noches de la semana. Le temblaron los labios, vaciló al darse vuelta, se fue sin dejar los libros, sin las otras, como si hubiese venido solamente para mí. La esperé cada día de la semana. Desde que entró sentí que la tendría a mi lado, me buscó sin conocerme ese día con flores entre el saludo de todas y di vuelta la cara para que supiera que no quería pero se inclinó, suave y tenaz me tomó la cabeza y presionó su dulzura contra mi cuello doblado por una contracción que me subía desde las piernas. Tenía que pedirle que me las colocara derechas, me mordían pero aguanté para no admitir que entendía su lenguaje y me soltó y cruzó y el dolor por reflejo me cambió de posición y esperé que nuevamente del otro lado me llamara – por favor- pero en vano por dos horas sostenidas hasta docenas de camas de distancia. Me humillé con la habitual que no sonrío que no pregunta que sólo usa manos. Yo no quiero desaparecerme ahogada de vacío. Palabras, cantidades de palabras que resistí sin mirarla pero gritando que no a cualquier propuesta a las contradictorias un no por cada muro, una caja de muros sin rendija para que no la alcance mi voz llamándola. Le temblaron los labios y el cuerpo sin equilibrio cuando se marchó. La esperé todos los días de la semana, aferrada a variantes mínimas para no perder la cuenta. Desde hoy iba a aceptar las sábanas levantadas la comida el lavado de cara el peinado por el contacto de su mano con mi mejilla. Iba a sonreír como las otras que la rodean y la ocultan y me mantienen detrás de sus espaldas. Me encierran con cemento de indiferencia. Nadie sabe que yo existo aquí aunque las ropas tiemblan. Soñé que me rodeaban que las repudié que se apoyó sobre mi pelo que insistió que grité que no. Sólo es el dolor, los latidos el estertor de todas las noches, la lengua áspera, los ojos por todo el rostro extendidos como un pez sobre la almohada. Cuatro muros de rodillas y hombros anquilosados para aplastarme. Puedo ascender, alcanzar la cima con el último residuo de potencia de mis brazos libres y desesperados, sostenerme en las salientes de los enormes costillares pespunteados de suturas, colgarme de los pulmones rotos. No oirán los golpes, riendo y hablando no escucharán el arrastre de mi cuerpo contra la carne vendada. Llegaré de sorpresa. Me sentaré a su lado confundida en los mismos gestos, prolongando el contacto indiferente hasta el de ella, penetrando la ternura de sus palmas. Todas las flores todos los libros toda ella si traspaso el muro. Subo por su imagen la superficie formada de muletas puntiagudas que me arrancan pedazos de dedos, me resbalo regada de sudor hasta un ángulo sin salida, prolongado en otro muro igual y sin salida, un arsenal óseo de la misma distancia para recorrerlo con el aliento cortado y llegar a otro ángulo y a otro muro igual de quijadas y prótesis rígidas de la misma distancia y sin salida. No existe la salida. Una sábana de sangre me cubre los ojos y abro los restos de dedos para quitarla y caigo sin ruido inadvertida sobre el yeso inamovible. Sólo los brazos sueltos y febriles pueden todavía intentar, cavar el elástico, arrasar el muro por debajo, un túnel ya que no hay cima –juro que no tendré rencor, que reconoceré todos los rostros, que contestaré a cada requerimiento, sonreiré, juntaré mi mejilla a cualquier piel por la suya –pero el muro continúa sólido, impermeable a mi derrame muerto.

Cómo pudiste mover el yeso. También corrí a levantarme entre las exclamaciones y el estúpido asombro, ofreciendo algo que ya no quiero, impotente, rodeada de todos y de vergüenza. La rajadura me lastima a través de la camisa. Mañana me harán otro. Tendré que sostener la mole húmeda y después será seco y duro como los muros y no lo moveré.

La operación

De dimensiones desorbitadas, un cuchillo lento marcó la línea filosa sobre los pies apartándolos de mí, avanzó con la misma fatal decisión, trazó en las rodillas la fina señal, profundizó y las piernas quedaron separadas, a un costado de mí, reanudó el camino feroz sobre los muslos, una raya recta tomándome cuerpo ya, mutilada sin remedio con una parte de vientre despojado y volvió a avanzar invisible de comando y marcó la línea no de piel hundida blanca sino de sangre, un tenue hilo de sangre en el contorno de la cintura y un dolor no todavía grito, imposible articular el grito en la agudeza del tajo imperturbable a la sangre como ríos desbordados manchándolo en el primer ímpetu, saltando por encima de él para caer como una pared de lluvia sobre el cuerpo vivo y los cuatro pedazos muertos. La sangre brotaba cubriendo todo alrededor sangre y yo desde afuera en el estupor, incapaz de quejido de protesta de un vendaje, cuando vomité sobre otras manos y me miré hasta abajo como en un sueño. No puedo mover la cabeza pero enfoco los pies altos, es lo primero que veo y toda mi longitud. Sé que no deliro ya ni sé si deliré ni si es bondad cada roce, la cargante preocupación, las jeringas, el té hasta las orejas. Las arcadas están en mi garganta con la saliva sucia y el hedor de trapos en los labios cortados y ácidos, en la lengua hinchada, una tortuga metida en la boca taponándome la respiración. Y está el dolor claro y distinto fijo en la espalda como una mordedura constante y diferenciada justo para registrarla ahora, con el alivio necesario para poder pensar, ahora. Mil veces un dolor como un diente. Un millón de veces un dolor. La multiplicación hasta la locura. Hasta la inexistencia del número. Sé que no deliro una realidad tan igual. Como si no bastara un dolor inmenso, millones, infinitos dolores inmensos desbordando mi capacidad inagotable. Nunca me romperé del todo nunca me moriré. A través del contacto sentí cada maniobra. El esfuerzo la ira el miedo. El deseo imperioso de llegar por la piel y la carne a los huesos podridos y resistentes. La lucha por vencerlos doblegar el control estricto de mis latidos, el horror de mi debilidad expuesta y de la sangre volcada. La lentitud progresiva, la angustia por salvar una gota, hasta ofrecer las tensas venas en cualquier intento. El perdón por cualquier intento. En cada pedazo de sensibilidad, desde el pelo hasta la piel resbaladiza, hasta los pies atados hasta la boca aplastada en el acero hasta la hemorragia interminable, y los brazos de los otros los cuerpos inclinados de los otros la vana voluntad de ayudar.

Yo existo fuera de mi cuerpo. Lo tajejan, lo desmenuzan, lo recosen, lo desagotan y lo rellenan con aliento ajeno. Yo aparte. Como un pedazo de tierra elocuente sólo en la resistencia del terrón, en la negación del fruto. Sacudida por los vómitos, formada de detalles cuidadosos cada vez más y humillantes y yo más inútil, deshecha pero prendida en cada trozo en una unidad consciente. El líquido tibio me chorrea por la cara sin llegar nunca a la sed, sin alcanzar la boca como una colina. Muevo las manos para saber. Me miro desde afuera compadecida de ellos si no fuera por el dolor y la irrealidad del soportar. No soporto. Estoy sintiéndolo cada vez más acentuado en las sacudidas del esófago y la visión de la sangre como un sabor agrio al escupir esa saliva verde y amarilla. Puedo mirarme entera pero sólo vivo desde el corte de la cintura hasta la cabeza. Lo demás está allí, unido o separado en el sueño, tan muerto de una u otra forma. Ser toda esa parte muerta. Por sólo la quietud, ahora, en este pedazo de arriba.

La llegada de otra

Yo no puedo dormir sintiéndola. Está viviendo a mi costado, apenas el rasgueo de las uñas sobre el liencillo crudo y el gorgoteo de la saliva en tragos difíciles. Quiero matar todo atisbo de vida en mi cama, el accionar de mi organismo adquiriendo de pronto proporciones de trueno y todas duermen, el calor, ni el aire respira, sólo ella cuidadosamente para que no la oiga pero yo no puedo dormirme. No quise mirarla cuando llegó, tan asustada que no quise mirarla, pero lo mismo lo hacía subrepticamente entre las pestañas para que no se diera cuenta, encogida esperando la camisa, formada de huesos como puntas contra la piel casi rota para cubrirlos de manchones marrones y azules y los ojos oscuros completamente sin blanco, dos pozos apagados y agrandados por el miedo, mirándome y a intervalos a ella que la tocaba con la misma indiferencia de aquella vez y después ni siquiera la mirada, vuelta hacia la pared y aunque quiero convencerme de que es la misma cama vacía de antes la siento y no puedo dormirme. Durante todo el día la comida inútilmente esperándola desde este lado y la cuchara brutal lastimándole los labios. Dijo no repetidas veces pero nadie entendía, débilmente como el cuerpo sumergido en la cama tan vacía apenas una palpitación continuada que sólo yo percibo. Podría haberle dicho no es incomible, probá, otras cosas, a mi pesar, porque está allí y aunque no quiero saberlo es todo tan igual. No dije nada en todo el día como otros pero éste me estruja, no dije nada porque no había qué decir, ni ella querría como yo aquella vez ni yo que me confunda con las otras, la cara contra

la pared tan inmóvil que pude mirarla toda la tarde y olvidar las ventanas y adivinarla por debajo como un ser. Yo sé que está temblando por el pelo tan escaso apenas pelo en la almohada hundida y el sudor alrededor una aureola. Podría haberle dicho quitátela es de lana, pero no escuchará seguramente ni sé si yo podría hablar como pienso sólo puedo articular las palabras fáciles de las demás y hasta en ésas la lengua se me quiebra a veces reseca como una tabla yo distinta y apartada y ella tan igual. De puro consumida de pronto se evapora, yo estoy imaginando, si no ha cambiado nada, no sé por qué me estremezco y esta ansiedad, si no vinieran a ponerle la chata ni siquiera existiría, pero resurge y está cuando la destapan, tan pequeña aunque no quiera mirarla porque me lastima todo lo que es y no se queja pero yo sé cómo le está doliendo. Nos recorren con el tintineo y una pregunta que nadie contesta pues también se le arrugarán los contornos en el ojo tenazmente cerrado y sin sueño. La luz le invade una superficie lisa y dos manos como las alitas de un pajarito caído encima de la colcha. Se mueve tímidamente, se vuelve hacia mi lado, cree estar sola, se saca la almohada, palpa el sudor y con las manos por la cara como una caricia lo seca pero sigue brotando a través del pelo y las lágrimas. Ya ni la veo con las pestañas mojadas, temo que le llegue el miedo de mi mirada pero no me observa ni al ángulo de luz. No ve más que la oscuridad, se cree sola, se taponan los ojos con dedos impotentes y sacude la cabeza en golpes a propósito para hacerme daño, resuenan por toda la sala y yo con el mismo llanto de aquella vez amargo como una sopa y la boca muda para expresar un murmullo que ella no oye ni las otras que duermen, trizándonos en el silencio y la oscuridad allí sola muriéndose de soledad y yo sola aquí sin poder alcanzarla.

(...)